

LA TEORÍA DEL ANIQUILAMIENTO EN EL DISCURSO PERONISTA

*In memoriam de Eduardo Luis Vicente,
Maestro y estudiante de Sociología.
Entrañable amigo y miembro de la "juventud maravillosa".
Aniquilado por la represión, cuando le aplicaban la "ley de fugas".*

Trabajaremos en referencia a una cuestión *polémica*. Mucho más cuando se tropieza con un discurso paradigmático. *Objeto de estudio* por antonomasia. Generalmente sujeto a interpretaciones viscerales. Sesgadas. Muchas de ellas, capciosas. Un producto de las condiciones pasionales que el fenómeno genera. Y más cuando a ese discurso se lo eleva con el fuerte atributo de *teoría*. Aquel *objeto* alude al político argentino -tan adorado como denostado- más trascendente del siglo XX: el general Juan Domingo Perón. O, más precisamente, a los procesos discursivos del movimiento político del cual, dentro de sus multilateralidades, fuera su *conductor y estratega*. A la organización política que fuera la hegemónica -aún en la proscripción, persecución, ausencia u omisión- por casi sesenta años en la vida del país.

Condición *polémica* en su acepción más blanda: la de discutible, opinable, debatible. Pero mucho más en su sentido profundo: la de ser un objeto de disputa sobre el valor y la significación social de *la violencia política*. No tanto en su debate más visiblemente explícito, cual es, desde el hoy, la condena a la tragedia ocurrida en los años '70. Sino a una controversia mucho más penetrante, aquella que seguramente esta ponencia no agotará: la que remite a los supuestos y fundamentos morales básicos de *la convicción política*, -al decir gramsciano- a su sustento ético/político. A ese convencimiento que arroja la disposición hacia el sostén de un *orden político*. A los grados de *violencia* socialmente tolerables que demanden su defensa o imposición. Aquellos límites susceptibles de ser aceptados por la sociedad frente al convencimiento militante de una *praxis* orientada por una ideología política¹. En última instancia, a la conformación de

¹ Tomaremos el concepto de *la ideología*, tan nuclear para el autor, en uno de sus sentidos más simples y trivializados. Pero que, como todos los conceptos polémicos, no por secularizado, deja de poseer un halo asociativo *mágico* que se lo entiende como acertado. Aún en su señalada simplificación, permite observar su condición extensiva de: orgánica, histórica, ordenadora de dispersas tradiciones con sus más que

una *subjetividad* en contextos de tensión por la confrontación de la lucha por el poder; a su *racionalidad*, en el sentido de articulación ética entre medios y fines; y a las bases de *legitimación*, respecto de su convalidación política y social en la sociedad.

La ideología es una materia delicada que requiere de una línea argumentativa precisa y ponderada. Así como también de razonabilidad en las posibilidades de escucha por parte de sus receptores. No justamente por la *recta acción* aristotélica, por la moderación de un supuesto *equilibrio* frente a desatables “malsanas” pasiones primarias, sino, por el contrario, por el fundamento ético/político que todo saber académico debiera encontrar si se hallase comprometido con la coloratura de un proyecto político o con un ideal de *buena sociedad*. Aquel implicado en superar la fatua tentación del objetivismo neutralista del dualismo metodológico positivista. Aquella noción que implica alinear a los *intelectuales*, para superar su natural tendencia a presentarse como librepensadores autocentrados, e involucrarlos en el difícil compromiso de alguna *organicidad*. Razón por la cual se demandará de paciencia, amplitud de criterio y confianza en la claridad de los propósitos que aquí animan. Lo que se coloca en agenda procura trascender tanto al inocuo academicismo como al agitacionismo militante.

El mundo se encuentra implicado en transformaciones profundas y absolutas. Las convicciones y los sistemas de creencias asociados a *la política* se encuentran más que comprometidos. Ellos atraviesan por un largo declive, subordinándose de manera sorprendente a la religión, la economía, la tecnología, y aún al derecho. Han perdido status ontológico, y sus categorías y conceptos se han enrarecido, cuando no evaporado.

diversos grados de elaboración, organizadora de la ‘visión’ y de las *praxis* de las masas, su carácter filosófico histórica, mediadora del *sentido común* impregnado por la ideología fundante de la clase fundamental, como *forma mentis* socialmente necesaria, en definitiva, en la nodal definición, de cuño básicamente gramsciano, *como concepción del mundo, medianamente sistemática, implícita en las diferentes actividades intelectuales asociables a la praxis y la pugna entre los vínculos simbólicos de todas las capas sociales*. Amén, confluyendo con Eliseo Verón, con su teoría de la discursividad o de los discursos sociales, como componente sustantivo y esencial del concepto de discurso.

Ni qué hablar de las míticas concepciones revolucionarias, parafraseadas -hoy- como lánguidas nociones asociadas a un edulcorado concepto de *utopía*.

Los aspectos nucleares de la vida en sociedad no están siendo entendidos como lo que realmente son: *fenómenos políticos*. Los propios de *la vida natural entre los hombres*. Ellos se encuentran desimplicados de su *real* incidencia en el medio dentro del que interactúan: la sociedad. La vida social siempre sostiene, genera y exige *relaciones de poder*. *Ordenan los vínculos sociales* y, por lo tanto, *las relaciones de los hombres entre sí*. De este modo, de conformidad a esta languidez y evaporamiento suscitado, asociado con el supuesto descentramiento *posmoderno*, resulta esencial brindar una disputa por la memoria y el registro histórico desde una propiciatoria *teoría sociológica: el enfoque semiopolítico*, asentado en una *sociología del conocimiento* y una *crítica de la ideología*, fundados en la pluralidad de fuentes.

Avanzaremos de una manera indirecta sobre la cuestión de fondo. Sobre la base de las posiciones nítidas de dos personalidades fuertes, que asumen con peso específico a la realidad social y las cuestiones del poder. Sobre todo, de cara al balance de la historia política e institucional reciente. Y, en particular, acerca del reconocimiento de los sucesos previo y posteriores a los “años de plomo”. Es una confrontación entre dos referencias cuyas identidades no tienen, *rara avis*, posturas ambiguas. Mas no es un tipo de polémica al estilo de las de otras épocas. Argumento contra argumento. Texto contra texto. En donde cada posición retoma y profundiza sus dichos rebatiendo a los de su contrincante. Hasta el momento no se ha brindado la oportunidad para una réplica. Pero sendas líneas argumentativas son lo suficientemente contundentes como para ser tenidas en cuenta, aportando vigorosamente al objetivo de *polémica* planteado. Se aprovecharán aquí los contornos de esta *polémica* entre dos intelectuales seriamente comprometidos a través de sus lecturas con el período seleccionado y la temática en cuestión.

Una opción metodológica hubiera sido la de polarizar sus posiciones como para que cobraran nitidez sus fundamentos como absolutos. Sin embargo, se ha preferido avanzar realizando una confrontación temática, punto por punto, entre sus líneas más esenciales y sustantivas.

José Pablo Feimann, uno de ellos, es filósofo, escritor y ensayista. Resulta ser radicalmente autocrítico, y no vacila en volver sobre sus pasos históricos. De manera sugerente, tanto él como su rival, Norberto Galasso, el otro intelectual invocado, no especulan con sus afirmaciones. Emiten juicios definitivos, categóricos, con plena convicción sobre sus asertos. Desarrollan, en toda la línea, sus puntos de vista. Y, como se verá y luego analizará, arriban a conclusiones bien diferenciadas, cuando no diametralmente opuestas. El punto de encuentro será *el carácter militarizado del discurso político del peronismo y su incidencia en la vida político/institucional argentina*.

En una reciente obra, de dos prolíficos tomos, el historiador y ensayista Norberto Galasso ha escrito una comprometida biografía sobre Juan Domingo Perón. Al final de su Vº capítulo: Perón-Escritor, realiza una fuerte defensa de sus trabajos manuscritos. Lo hace con *Toponimia*², frente a las descalificadoras opiniones de Hugo Gambini e Isidoro Ruiz Moreno. Pero aquí colocaremos el acento, o pondremos el centro de gravedad, en sus “*Apuntes de Historia Militar*”. Este escrito provocará una terminante impugnación por parte de José Pablo Feimann. En su trabajo “*La Sangre Derramada*”³, de 1998, reeditado por otra editorial a inicios de los años 2000, ambas ediciones agotadas, elabora una severa réplica a la tradición de violencia que sustentara la vida política e institucional de la Argentina histórica y contemporánea; y en particular aquí

² *Toponimia, Toponimia patagónica de etimología araucana, Obras Completas*, Tomo V, Fundación pro Universidad de la Producción y el Trabajo y Fundación Universidad a Distancia Hernandarias, Buenos Aires, 1997, p. 15.

³ Feimann, José Pablo. *La sangre derramada. Ensayo sobre la VIOLENCIA POLÍTICA*. Ariel / Compañía Editora Espasa Calpe Argentina S. A. 1998, Buenos Aires, Grupo Editorial Planeta.

se rescata a estrictos efectos de esta ponencia, el período que va desde mediados del siglo XX hasta fines del denominado “Proceso”⁴. La contundencia del propio subtítulo, *Ensayo sobre la VIOLENCIA POLÍTICA*, hace gráfica su intencionalidad de crítica radical con una novedosa perspectiva frente al peronismo. Posición dentro de la cual históricamente estuviera asociado.

En su primera parte, Crítica y Violencia, Feimann puntualiza de manera detallada un análisis de los factores que confluyeran con la situación de violencia por aquellos años: Fanon, Sartre, Gillo Pontecorvo, el Che, los Montoneros. En su punto 9, enfatiza el papel sustantivo del mencionado texto de Perón. Estos *Apuntes* fueron elaborados en el año 1932, reeditados en el '34, y nuevamente sacados a la luz hacia el '51. Esto no resulta ser una casualidad, siempre según Feimann: son los años de los cursillos dictados en la Escuela Superior de Peronismo, en el momento consular de su poder, ya presidente, General de la Nación, conductor del movimiento nacional justicialista... Un texto de 325 páginas. Escrito que, según resalta Galasso:

“tiene por objeto –según la advertencia de la primera edición- evitar las anotaciones que los alumnos toman generalmente en clase, en perjuicio de las explicaciones, de manera que la clase pueda ser aprovechada ampliamente para entender, aclarar y fijar los conceptos emitidos”⁵.

O, en su segunda edición, cuando advierte que los *Apuntes* tienen por propósito:

“dar a los jóvenes oficiales los rudimentos necesarios para comenzar los estudios relacionados con la materia Historia Militar”⁶.

Galasso circunscribe de manera estricta sus alcances. Lo reduce a temas tales como:

(De la) “guerra, la preparación de la guerra, los planes de operaciones, movilización y concentración de ejércitos, conducción, formas esenciales, maniobras y principios de los ejércitos, conducción, formas esenciales, maniobras y principios de la guerra y la batalla, otorgándosele especial importancia a la tesis ‘*la nación en armas*’”⁷.

⁴ “Proceso”, referencia con la que se denomina al régimen dictatorial genocida, *burocrático-autoritario* al decir del politólogo Guillermo O’Donnell, postrero al 24 de marzo de 1976 y que primara hasta su debacle tras la guerra de Malvinas, finalizando en una agónica *transición*, sobredimensionada por la academia y de ciertos medios intelectuales, como *hacia la democracia*, para fines de Octubre de 1983.

⁵ Perón, Juan Domingo, *Apuntes de Historia Militar*, Editora Volver, Buenos Aires, 1982, advertencia, p. 19.

⁶ *Ibid.*, p. 14

⁷ Galasso, Norberto: *Perón. Formación, Ascenso y Caída (1873-1955)*. Tomo I, p. 100. Grandes Biografías. Ediciones Colihue S. R. L. 1ª Edición. 2005, Buenos Aires.

Y lo entiende simplemente como un mero trabajo:

“de Historia Militar, donde puede rastrearse la admiración de Perón por Napoleón y Federico II, como así por el general San Martín”⁸.

Ahora bien. En general, José Pablo Feimann, tanto en su parte primera: *Crítica y Violencia*, la tercera: *La Violencia y el Sentido de la Historia*, como en sus Conclusiones, destaca el carácter beligerante del discurso político a derecha e izquierda en el país. Así como también de la liviandad de las cuestiones políticas en el fin de siglo y de las nuevas formas de violencia en las épocas más recientes. Procura, con su lógica, desarticular las posiciones históricas caracterizadas como dogmáticas y condena el sino trágico de la argentinidad.

En particular, y a los efectos de estas líneas, regresaremos a los fundamentos de su punto 9: *Juan Perón: política y guerra*. En él subraya de manera marcada el papel jugado por el texto *Apuntes de Historia Militar* como:

(de una) “inesperada trascendencia en nuestra historia política: (ya que) su lenguaje militarista impregnó la fraseología del movimiento que el Mayor habría de liderar y –en la década de los setenta- fue(ra) leído por jóvenes que encontraban en las palabras *táctica, estrategia, nación en armas, guerra prolongada, política y guerra* agujones para la práctica revolucionaria”⁹.

Feimann resulta particularmente severo y no considera impensado que Perón realizara esta transferencia de su concepto de conducción militar al plano político; en sus palabras:

“esta traslación de conceptos militares a la política es inexcusable para comprender no sólo el peronismo de los orígenes, sino también el de los años setenta. A nadie escapa que trasladar conceptos militares a la política implica considerar a la política desde el punto de vista de la guerra, en suma, transformar (a) la política en guerra”¹⁰ (estas bastardillas, como las que vendrán, son del texto original *La sangre derramada* de J. P. Feimann).

En el capítulo II° de sus *Apuntes*, Perón reivindica la célebre definición de Clausewitz:

La guerra es la continuación de la política por otros medios, y añade otra cita del

⁸ *Ibid.*, p. 100.

⁹ Feimann, José Pablo. *La sangre derramada. Ensayo sobre la VIOLENCIA POLÍTICA*. p. 37. Ariel / Compañía Editora Espasa Calpe Argentina S. A. 1998, Buenos Aires, Grupo Editorial Planeta.

¹⁰ *Ibid.*, p. 38

teórico alemán, quien expresara que: *La guerra es un acto de fuerza para obligar al contrario al cumplimiento de nuestra voluntad*. Agregando la siguiente pregunta: “Bien ¿dónde se detiene ese acto de fuerza, qué implica *exactamente*? Implica el *aniquilamiento* del enemigo”¹¹, Feimann expresa que *el aniquilamiento* forma parte del “léxico de horror argentino: el gobierno peronista (Luder-Isabel Perón) de 1975 (que) ordenó a los militares *aniquilar* a la subversión”.

En esta línea de denuncia, el filósofo profundiza su esquema crítico, reafirmando que:

“En la página 129 de la edición de 1951 figura el siguiente título: *El aniquilamiento en la guerra moderna*. Pero comienza, también aquí, con una cita de Clausewitz: ‘La victoria es el precio de la sangre; debe adoptarse el procedimiento o bien no hacer la guerra. Todas las consideraciones de humanidad que se pudieran hacer valer os expondrían a ser barridos por un enemigo menos sentimental’. Y luego es Perón quien dice: ‘Las guerras serán cada vez más encarnizadas y en los tiempos que corren sólo el aniquilamiento puede ser el fin. Los medios para conseguirlo pueden variar en forma apreciable, pero la finalidad de la guerra se ha cristalizado en ese precepto: aniquilar al enemigo para someterlo a nuestra voluntad. Por eso la violencia ha aumentado y aumentará con los medios que se dispongan para hacer la guerra’. Como vemos, la palabra *aniquilamiento* se relaciona exclusivamente con la violencia aniquiladora, que será más efectiva cuanto más ciega sea ante las normas de humanidad. Clausewitz es despiadado en marcar esta característica fundante de la guerra: la guerra es sangre y las consideraciones de humanidad sólo conducen al riesgo de ser derrotado por un enemigo menos sentimental. Así, la utilización de la palabra *aniquilamiento* por un gobierno civil suponía su inclusión en la más cruel de las concepciones militares sobre la guerra. O esa palabra fue utilizada ligeramente (sin haber consultado, por ejemplo, los *Apuntes* de Perón) o se compartía la concepción de una acción *no sentimental, no humanitaria*, con los militares procesistas. Lo cual no los justifica a éstos (como ellos pretenden), sino que incluye a los responsables de ese decreto de 1975 en la feroz lógica de aniquilamiento que se aplicaría a partir de marzo de 1976”¹².

Feimann no sólo asocia a von Clausewitz, sino también a otro teórico fundamental; uno que residiera por un período en el país, al final de su vida, y cumpliera un papel esencial en la temprana formación prusiana del Ejército Argentino: Colmar Barón von der Goltz. Ambos autores influyeron decisivamente en la formación profesional de Perón, en su tarea docente en la Escuela Superior de Guerra, como también en la elaboración de sus *Apuntes de Historia Militar*. Las concepciones de von der Goltz están asociadas a nociones clave tales como la *defensa nacional*, haciendo Perón suyas sus palabras de: *los pueblos que quieren prepararse para la paz tienen que prepararse para la guerra*, idea central básica de su teoría de *La Nación en Armas*. Asimismo, de ese *corpus*

¹¹ *Ibíd.*, p. 38

¹² *Ibíd.*, págs. 38/39.

emerge el marco hipotético que establece el “carácter inevitable de la guerra”, que ésta se constituye como un “factor de unidad nacional”, y de allí su obligada “necesariedad”.

Perón, en su capítulo IIIº, profundiza el esquema conceptual de “La Nación en Armas”, señalando que:

“Esta feliz expresión (se refiere a *nación en armas*), que tan bien sintetiza la *guerra integral*, se debe al Mariscal von der Goltz y data de 1883. Es, en cierto modo, la teoría más moderna de la defensa nacional y lo que hoy constituye la base fundamental del concepto orgánico’. Preguntemos: ¿qué es esto del *concepto orgánico*? Perón, siguiendo a los teóricos prusianos, consideraba a la nación como un cuerpo vivo, orgánico. De aquí que todavía los peronistas utilicen una expresión tan pintoresca como: *cuerpos orgánicos*. De aquí que muchos políticos argentinos todavía digan: ‘Se han reunido los cuerpos orgánicos del partido’. Sigamos. Perón se entusiasma con la idea de *nación en armas* y la deriva a la de *pueblo en armas*: ‘A la *nación en armas* corresponde la *movilización y organización integral*. Hoy la preparación para una guerra ha pasado a ser no sólo tarea de militares, sino de todos los habitantes, gobernantes y gobernados, militares y paisanos’. Aparecen aquí conceptos que retomará la izquierda peronista en los setenta: *movilización, organización integral, pueblo en armas*. (...) Señalé antes que pocos políticos se sintieron tan artífices de la Historia como Perón. La causa reside en el papel que se asignaba: era el *conductor estratégico*, concepto altamente militar. Así lo define en los *Apuntes*: ‘Conducción estratégica es la que se refiere a la conducción total de las fuerzas puestas en juego en la guerra’. He aquí al Perón *madrileño* conduciendo los hilos de las tropas peronistas. Se asumía como un conductor en combate. Y así lo querían ver y largamente lo vieron los jóvenes peronistas de los setenta: era el viejo sabio, el general en batalla, el que tenía la posibilidad de ver y conducir el conjunto. Perón fue un maestro en trasladar el concepto militar de la conducción estratégica (tal como figura en los *Apuntes*) a la política. En sus clases en la Escuela Superior Peronista decía: ‘Yo, que conduzco desde aquí (*se refiere al lugar del estratega*), no estoy con nadie; ¡estoy con todos!’. (...) ‘Cuando se hacen dos bandos peronistas, yo hago el *Padre Eterno*: los tengo que arreglar a los dos. Yo no puedo meterme a favor de uno o del otro, aunque alguien tenga razón. A mí solamente me interesa que no se dividan (...) Por eso, en mi función de conductor superior, si me embanderara pasaría a meterme en la conducción táctica’ (*Conducción política, clase del 12/4/51*)”¹³.

Feimann, respaldado con ejemplos contundentes, sustenta su tesis sobre cómo los conceptos militares se han propagado hacia toda la vida política argentina, principalmente en su fuerza mayoritaria: el peronismo. Así, señala *estrategia y táctica*, como una concepción de la política asimilable a la guerra. Como también sus recurrentes invocaciones a la figura de Licurgo, el espartano. Sus observaciones de fondo, cuando se propone “considerar a la sociedad dividida en dos bandos enemigos es pensar la sociedad desde la guerra”. Y de allí el rastreo de Feimann sobre sus frases célebres, en lo que desde la línea teórica de esta ponencia denominaremos como la *violencia simbólica del discurso peronista*. Entre otras citas, como ámbito aplicado a la

¹³ Ibíd. págs.41/42.

teoría de la violencia mayor: “a la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor”, cuando apela a la violencia popular: “la violencia en manos del pueblo no es violencia, es justicia”, “Y cuando caiga uno de los nuestros caerán cinco de ellos!”, o en su *Actualización Política y Doctrinaria para la Toma del Poder*, filmada por Fernando Solanas y Octavio Getino, cuando al detractor le estremecía la contundencia de su: “Al amigo todo, al enemigo.... ni justicia”. Finalizando con que: “Los criminales militares del ’76 respondieron en su propio y salvaje modo las corajeadas del *conductor estratégico*”. Transformando dramáticamente al *cinco por uno* en un *cinuenta por uno*...

Galasso, con inteligencia y seriedad, observa con suma criticidad el progreso de la línea de razonamiento del ensayista y filósofo. Esta condición le permite sacar algunas conclusiones que merecen ser compartidas. Después de destacar a José Pablo Feimann como “uno de los más brillantes intelectuales que tuvo el campo nacional”, critica su posición, a diferencia de otros crónicos detractores, sosteniendo que “los odios políticos puede(n) desorganizar a la inteligencia más aguda para llevarla a conclusiones erróneas”. Su hipótesis es que Feimann es una víctima más del menemismo, al no poder resistir que:

(El) “peronismo antiobrero y pro imperialista, de la mano de la familia Alsogaray, lo ha espantado, y en vez de razonar dialécticamente, abominando de este pero rescatando el del ’45, ha preferido dar un salto mortal hacia “el progresismo”. Ha creído, de este modo, salvar su prestigio intelectual y su posibilidad de continuar reflexionando desde *Página/12* o concurriendo al programa cultural de Cristina Mucci. Así, enfervorizado por tirar el agua sucia de la bañera, también lo tiró al nene, y al defenestrar a Menem, concluye pretendiendo defenestrar a Perón. Feimann, que fue lo suficientemente inteligente para ofrecer audaces interpretaciones, no pudo, sin embargo, ir más allá, y rescatando sólo a Evita –con lo cual cae en el mismo error de sus criticados Montoneros- se introduce en el camino de tantos “evitistas antiperonistas”, como lo prueba su guión de la película “Eva Perón” que dirigió De Sanzo. (...) en su libro *La sangre derramada* Feimann arma su argumentación, pretendiendo convertir a estos *Apuntes* (...), en pieza fundamental de la concepción política del peronismo. Así, sostiene que este libro “fue leído por los jóvenes” del ’70, atribuyéndole el carácter de “pieza esencial del pensamiento” de Perón, y da por descontado que los dirigentes peronistas que firmaron, en 1975, el decreto de aniquilamiento de la guerrilla, también se han nutrido en este manualito (sic) redactado para los alumnos de la Escuela Superior de Guerra (...) que la palabra “aniquilamiento” en el referido decreto, de modo tal que “se compartía la concepción de una acción no sentimental, no humanitaria, con los militares procesistas”¹⁴.

Galasso realiza una cadena asociativa *in extremis* de todo lo puntualizado por Feimann sobre los *Apuntes* en cuestión y le descarga con munición mayor, ya que de militarización de la política se está hablando, acusándolo de especulador teórico: “La realidad continúa existiendo más allá de las elucubraciones teóricas y esa realidad indica la escasa o nula importancia de ese libro...”. Peor aún, le observa que pese a que abjura

“(y)que reniega expresamente de la teoría de los dos demonios, concluye asumiéndola, pues al condenar todo tipo de violencia –sin distinguir ente la violencia revolucionaria y la violencia reaccionaria-, coloca en un mismo nivel al guerrillero que ejecuta a un torturador que al represor que ultima a un joven que brega por una sociedad mejor. Por supuesto que corresponde una ardua polémica acerca de la conveniencia o inconveniencia revolucionaria de la lucha armada en determinado momento y lugar –y en ese caso, Feimann podría desarrollar correctamente las críticas correspondientes-, pero abjurar de toda posibilidad del uso de la violencia para emplear la política ‘como arte humanista del entendimiento y el disenso entre las partes’ significa ignorar la violencia que empleó siempre la clase dominante cuando el movimiento popular cuestionó sus intereses. Con este planteo, Feimann cae en un amable progresismo que decora el sistema de opresión y permite difundir propuestas de cambio que luego no se concretan porque el poder de los explotadores –interno y externo- utiliza todas las herramientas –del debate a la metralleta- para impedir las transformaciones, con el consiguiente tendal de frustrados”¹⁵.

Aquí cabría realizar una suerte de comparación entre ambos autores. Se ha intentado ser sumamente prudentes y respetuosos con gente que ha demostrado merecer tal trato. Se ha procurado realizar una selección de textos significativos que permitieran hacer gráficos sus posicionamientos centrales sobre la temática. Realizar una esmerada y coherente reconstrucción parcial de sus universos simbólicos, dentro de los cuales ambos intelectuales se manejan y transitan. Cada uno de ellos posee posiciones con entidad propia y, a este entender, sin cavilaciones ni especulaciones, basada en la más pura convicción ideológica. No nos encontramos frente a escribas, delegados, sicarios, adláteres o *speech writers*. Son intelectuales genuinos: cada uno expresa como propia su íntima convicción. Este debate, interesadamente orientado, señala con claridad que las *lógicas* utilizadas no permiten mayores comparaciones significativas. Son balances

¹ Ibid., págs. 101/102.

¹⁵ Ibid., p.103.

propios, sesgados por sus orientaciones, con autonomía de vuelo y un grado severamente comprometido en las posibilidades de compatibilizar en algo a sus taxativas conclusiones.

Pese a ello, algo se tiene para decir... En realidad, ambos autores poseen razones fundadas como para sostener sus posiciones. Perón, como Evita, elaboraron un novedoso discurso político. Apostaron a interpelar constituyendo a *otro sujeto histórico* y apelaron a una drástica reconfiguración social. A la apertura de conformar a otros actores que dieran cuenta de las profundas transformaciones sociológicas y políticas que el proceso de sustitución de importaciones –con sus importantísimas operaciones sociales de *migración interna, urbanización, industrialización*- le impusiera a la sociedad argentina.

Pero nos quedaríamos en un sociologismo político de corto alcance si redujéramos tal lectura política a un mero cambio de interpelación dejando de lado su altísimo impacto social. Su capacidad de convocatoria. La construcción de otra identidad. La nueva relación capital/trabajo en expansión. La emergencia del discurso peronista no ha sido un simple ejercicio retórico o un acierto de la fortuna histórica. Su conformación y consolidación no fue un mero ejercicio de argumentación a partir de un cambio de denotaciones, designaciones o la construcción de nuevas referencias. Ha sido una abrupta y profunda ruptura con todos los planos de las dimensiones preexistentes. Sustituyó a la *lógica* previa. Aquella en donde hasta los propios partidos políticos opositores al “fraude patriótico”, y todas las viejas referencias sociales, gremiales, culturales, quedaron atrapados dentro de los supuestos de la restauración conservadora del año '32. Fueron víctimas por contigüidad de la *lógica* liberal oligárquica hegemónica a lo largo de la década infame. Todo el período estuvo signado por la poderosa presencia de una serie de sucesos internacionales que, de conformidad a la

naturaleza de la época, marcaron el tono y el ritmo de los acontecimientos: la crisis del '30, la depresión consecuente, la conformación del Commonwealth of Nations, el ascenso fascista, la guerra civil española, el profundo impacto de la Segunda Guerra Mundial, el alineamiento panamericano detrás de los aliados...

Frente a tal panorama de retraso en las expresiones políticas y sociales, en una Argentina sometida a profundas transformaciones estructurales, el discurso peronista se supo mostrar, frente a las amplias masas -muchas de ellas mudas-, como lo verdaderamente novedoso y distinto. El único discurso arraigado dentro de una tradición nacional y popular que retomara la posta de una patria trunca y traicionada. Justo al mismo tiempo en que, mundialmente, el capitalismo comenzaba a aceptar de manera definitiva a la política keynesiana, la concepción socialdemócrata y la constitución del Estado Social.

Su éxito acudió a la violencia simbólica y material propia de nuestra historia. Aquella que atravesara a todo el país: unitarios y federales, radicales y conservadores, civiles y militares. Ese discurso se sostenía bajo el recurso de recurrir a las lógicas binarias, antagonizantes, denostadoras de enemigos y rivales, sumados a todos aquellos rasgos maniqueos y simplificadores de una sociedad que se presentaba mucho más crédula. Fueron aspectos de una transformación para un cambio absoluto e irreversible en el escenario político de la sociedad argentina. Un ejemplo muy gráfico de tal modificación fue su magnífico recurso de polarización cuando la confrontación en los días previos a las elecciones de febrero de 1946. En el contexto de una violenta compulsión discursiva entre los Libros Azul y Blanco, en su alocución de cierre de la campaña, un Perón exhausto y enfermo, hablando en *off* a la multitud, en donde realiza una maniobra de simplificación adversativa que le permitió hacerse del triunfo definitivo cuando retrotrajo la compulsión a: Braden o Perón.

La debacle posterior a su derrocamiento lo subsumió en el aislamiento político. Sin embargo, aquella lógica binaria del maniqueísmo y precisos anclajes regresivos políticos y culturales de la Argentina post '55, gradualmente, y aún sometido al método de un nítido juego de elaborar un discurso ambiguo, le permitió instalarse como el eje articulador de la lucha contra *el régimen*. Aquello que Ernesto Laclau denominara como el *significante vacío*. El discurso vertebrador de las diversidades y de las demandas cercenadas. Un discurso elástico. Que cobraba rápida disposición frente a cada coloratura y encontraba su medida en cada escucha. Tal versatilidad, muy próxima al oportunismo, retroalimentó, gradual más acumulativamente, *in absentia*, una posición central. Útil, instrumental, pragmático, opositor. Rápido en la descalificación de adversarios. Sometió a un tremendo desgaste tanto a aliados circunstanciales como a las fuerzas opinables o sospechosas. Y, sobre todo, construyó un difuso pero contundente lugar flotante: *la antipatria*. En tal instancia quedarían atrapadas todas las sombras asociables a la traición, la denostación, la descalificación, la persecución, la proscripción, el fusilamiento y el asesinato. Tales recursos fueron sustituyendo al frágil dispositivo de expulsión de la civilización que se construyera el discurso gorila a partir de la Revolución Libertadora. Es más, por más que se prohibieran nominaciones, los libros de Educación Democrática e Instrucción Cívica hablaran de su dictadura, la segunda tiranía, del tirano prófugo y demás, cada una de esos anatemas, se volvieron como un boomerang. Le redimieron de condena frente a cada execración. En definitiva, se iría constituyendo un poderoso instrumento discursivo, contrapuesto de modo sistemático y sin concesiones frente a un sistema político ínsitamente débil: el período de *semi-democracia*.

La incidencia creciente del intervencionismo castrense se coronaría con el golpe del 28 de junio de 1966. Así, la memoria histórica mistificadora, la reivindicación de lo hecho

cuando su primera gestión y la radicalización de un discurso pretoriano disolvente –para empresarios, gremialistas, militantes, políticos, guerrilleros, estudiantes, militares– crearon novedosas condiciones, poco tiempo atrás impensable, que, junto a la integración de las camadas juveniles de las nuevas generaciones, consolidaron una apertura extensa con un abanico de opciones como para que, al tiempo, pudiera jaquear al régimen autoritario emergente. Si a ello se le suma el signo del clima epocal mundial, tal contexto proveyó condiciones de verosimilitud para una novedosa lectura y comprensión del complejo momento histórico. De allí su manejo de la *táctica*, asociado a una serie de maquiavélicos recursos de una práctica de *catch-all*: que irían desde la “prenda de paz” al “luche y vuelve”, del “león herbívoro”, de estar “amortizado”, el mito popular del “avión negro” o la sacralización de la “juventud maravillosa”. Todos los recursos fueron válidos porque abrieron un abanico en donde cabían todas las piezas del tablero del *conductor estratégico*. Aquel que entra en acción cuando la crisis se desata. El que, cuando todo el mundo opina, él, y sólo él, posee las soluciones. Pero, cuando *il conduttore* debe asumir su carácter de *comando táctico*, se resquebraja su imagen y precipita su propia crisis potencial al no poder sustentar la ambigüedad de sus definiciones *sine die*. El corolario de tal rol protagónico no se hará esperar: Ezeiza, la plaza del 1º de mayo de 1974, la triple A, y demás síntomas de la imposible viabilidad de poder sostener tamaño marco de fuerzas en tensión divergente.

Esta línea argumentativa, pese a que Galasso con su pormenorizada recreación biográfica brinda una vía de razonamiento alternativa, en su relevamiento puntualizado pareciera consolidar los supuestos del razonamiento de la escalada de violencia simbólica señalada por Feimann, con su lectura plena de particular sentido pacifista y su reivindicación del ideal liberal democrático.

Sin embargo, pese a las dolorosas consecuencias de aquellos cotejos y discrepancias irresolubles de aquellos días, que alimentaron las condiciones para la barbarie y la tragedia del más brutal de los regímenes perversos, nuestra referencia teórica se permite sospechar respecto de aquello que se muestra como *lo evidente*. Procura sondear la estructura profunda de un sistema de sociedad que en su estudio intente superar alguna linealidad, lo sintomático, los epifenómenos de los discursos confrontativos. Todos aquellos discursos y lecturas que se pudieran distraer respecto de una visión que permita “ver debajo del agua”, tal como se espera de cierta Sociología Crítica comprometida. Frente a una realidad que hoy se presenta plenamente sospechable, con otros ojos se debe escrutar aquel pasado vidrioso. Lo pretérito no se exhibe de manera palpable ni evidente. Para ello se deben tomar especiales recaudos. Para enfrentar tales incertidumbres se debe construir un herramental que nos libere de prevenciones y elabore hipótesis vivas alternativas frente a aquello que se coloca como una instancia plena de recelos y temores, dudas y prevenciones. No siempre, pese a lo dramático, las cuestiones nodales ni sustantivas de nuestra época se presentan plenamente visibles en su superficie. Más bien los indicios demarcan una realidad hábilmente edificada que se presenta antagónica e irreductible como para ser tanto reelaborada como de-construida. Todos los aspectos que en apariencia “cierran”, hoy dan que pensar. En un mundo pleno de desequilibrios e incertidumbres, tales desconfianzas del hoy, para el estudioso honesto, debe someter todo a la crítica implacable. Hasta aquel punto que, tiempo atrás en el ayer, se lo pudiera ver con cierta o supuesta nitidez. Porque en lo que sí no ha habido casualidad, sumada y vista en cámara lenta toda la secuencia del último medio siglo de la República Argentina, ha sido sobre el desenlace actual de una sociedad estallada. Piense como se piense, desde la reflexión, finalmente asociable con el truculento baño de sangre. Se espera ser claro dentro de la propia ambigüedad de un

tema espinoso. Las consecuencias profundas de *modernizar* a la Argentina, de desarticular al Estado Populista, de integrarlo al mercado mundial, de desarmar a un costo incalculable los mecanismos generadores de efectos de desarrollo económico social. Si miramos desde el hoy, tal secuencia nos arrincona a la más temible de las sospechas. Y no es esta la teoría paranoica de la sinarquía, propia de la derecha más extrema del peronismo. Son los mismos datos de la realidad bien pensada los que a los gritos reclaman de una severa relectura. Yendo, inclusive, más allá de los protagonistas más encumbrados. En tal sentido, debemos juzgar aquella línea argumentativa que se presenta como supuestamente *racional*, moderna, democrática, progresista... Pese a que los datos señalan una orientación definida, sus consecuencias expresan justamente lo contrario. En tal nivel de criticidad se juzga a quienes superficialmente condenan, sin más, a-históricamente, a un universo vivo y en compulsa, del cual es una cabal expresión más la *teoría del aniquilamiento*. No es una cuestión subjetiva, de si me gusta o no. Es la lectura implacable de la rigurosidad académica y del saber fundado en su cientificidad.

El hombre vive en *creencias*, tal como señalara el metafísico José Ortega y Gasset. En el marco de secuencias que se inscriben en un discurso, Perón reprodujo lo que fuera su *forma-de-vida*, sus conceptos, su modo de concebir el poder, su pensamiento militar aplicado a la política. Por supuesto que con suma creatividad y “viveza criolla”. El *enfoque semiopolítico*, amén de procurar un sustento multilateral y plural por naturaleza, se basa sobre dos ejes: una *crítica de la ideología* y una *sociología del conocimiento*. Los hombres, tal como lo señala Giorgio Agamben¹⁶, no logran sustraerse de sus *formas-de-vida*. La vida no puede jamás desbrozarse de su forma. En su manera de vivir se despliegan no sólo los *hechos*, sino también en su *posibilidad*, en su *potencia*. Allí sospechamos de la Argentina que pudo ser y ya no habrá de ser. El

¹⁶ Agamben, Giorgio. *Medios Sin Fin. Notas sobre la política*. p. 20. Pre-Textos, 2001, Valencia

concepto foucaultiano de *biopolítica*, también contribuye con su crudeza de que “lo que está en juego es la vida”. No es un *rational choice*, o actos especulativos conspirativos planos y unidimensionales, tal como se pareciera entender de algunos ejercicios ideales o de una *teoría de los juegos* hechos por los politólogos o de la sensatez del filósofo.

Los absolutos que Feimann denuncia de manera contundente son, en lo literal, ciertos. Sus observaciones son pertinentes e implican un plano de denuncia de lo acontecido. Mas ellos se vuelven problemáticos por ausencia de densidad. Resultan ser livianos e inconsistentes debido a su representación tan esquemática como liberal, a-histórica, lineal y unívoca en la idealidad del sentido producido. Como si se estuviera impedido de inferir *lo real* que por detrás sostiene a una *realidad* que, presumiblemente, sea mucho más problemática y compleja. Sus aseveraciones podrían llegar a ser válidas en cuanto a que nuestra vida política, por décadas, se ha presentado y retroalimentado dentro de una realidad, por ciclos, estereotipada, ajena y pertinaz. Condicionada por determinantes que la arrojaran hacia lo opción maniquea y simplificante. Ello ha sido el producto del carácter de indecidibilidad e impenetrabilidad que los términos de los pares polares del discurso binario le sometían. Herméticamente habían sustraído de la estereotipia la creatividad, el imponderable, la posibilidad de integración asociativa, no lograban sustraerse ni salvaguardarse de la misma dialéctica amigo/enemigo que decían condenar del sectario discurso peronista -acopiador de la política, la Nación y del Estado- y que sus adversarios realmente actuaban, retroalimentando el espiral de descalificación y derrumbe. Los condicionantes político militarizados han retrotraído al alineamiento maniqueo del *discurso parafrénico*, aquel que nos tuviera por décadas sometido subsumido dentro de la *teoría del empate hegemónico o del empate político social*, en donde todas las culpas de mi fracaso las tienen siempre mis rivales y enemigos. Lo que Perón gustaba decir con desparpajo como aquellos “intereses inconfesables”. Ellos

conformaron, de hecho, parte de la larga secuencia que, más temprano que tarde, evaporaron los derechos sociales adquiridos a las brutales condiciones actuales de sojuzgamiento. Se tiene la impresión, con el *enfoque semiopolítico*, que tal oscurecimiento no fue neutro, ni circunstancial. Tampoco se puede entender que la linealidad de tal proceso de decadencia fuera el desenlace producto de la propia escalada política que se produjera como consecuencia de la lucha de superficie de mediados de los años '70.

La distancia es una sabia consejera, y su asociación con el dramático desenlace, la progresión de sucesivas derrotas de las décadas postreras y el proceso de declinación absoluto a él asociado, para el estudioso, no es un proceso soslayable. Ha existido una búsqueda de una “resolución” y una “salida definitiva” para la Argentina Populista. Aquella que también trascendía al propio peronismo formal. Su resultado, un cabal deterioro masivo material y de los niveles de consciencia de nuestro pueblo que serán de una más que difícil inmediata recuperación. Tamaño conflicto cultural e identitario, que en su simplificación y llaneza pareciera que fuera el lineal consumación del laberinto heredado de la década del '60 y de los tempranos '70. Tal liviano juicio responsabilizaría a quienes resultaran ser, a la postre, sus propias víctimas. A ellas se les deberían sumar las conflictividades propias de fines de los '80, de *la década perdida*, la “fiesta” de los '90 y sus múltiples complicidades en la desarticulación del país nacido a mediados de los '40 y que se extendiera, pese a las señaladas conflictividades políticas, hasta la mitad de los '70. Ningún intelectual responsable puede ver casualidad en las condiciones que vienen a colocarle un límite al derrumbe con el estallido social, político y cultural de diciembre del 2001.

Los hombres no pueden sustraerse de sus *formas-de-vida*. Abramos algunas hipótesis, premisas, suposiciones e inferencias de trabajo. La puntillosa biografía de Galasso nos

muestra facetas increíbles, que no por obvias, nunca sus críticos las pudimos ponderar en su debida proporción y medida. Hijo natural, con fuerte componente de sangre nativa, crecido en la soledad patagónica, solitario en la gran metrópoli, la estructura castrense fue la instancia modeladora para un hombre ambicioso pero sin claridad que, pese a ser leído, no percibía aún sobre cuál sería su destino. Una vez inscripto en una *institución total*, en la matriz de los valores de los *poderes neutros* del Estado a través del Colegio Militar y su mitificada argentinidad, la institución le brindó *sentido* y fortaleza mental como para que se permitiera una rápida inscripción en las redes de la decisión y del poder. En él se destacan también, en consonancia con su novedoso *lugar*: el pragmatismo, la frialdad, el utilitarismo, la ausencia de escrúpulos y la lúcida claridad en la lucha directa por el poder. Perón también, mucho más visto a la distancia y con la sabiduría que sólo brinda el tiempo, pese a estas graves rémoras, en un balance simplificador, ha resultado ser: el más grande transformador de la realidad política, económica, cultural y social de la sociedad argentina contemporánea. A aquel país pacato y tilingo, que todavía miraba con nostalgia al dominio inglés, la producción agropecuaria, al latifundio y el siglo XIX, a los golpes se lo inscribió en una forzada homogeneización social única en la América al sur del Río Bravo. Ello produjo un efecto de desarrollo insólito e irrefrenable para la época por la cual sólo con la tragedia se terminó por abortar y malograr como proyecto viable de país.

Recién hoy, mucho más desapasionadamente que Galasso y Feimann, se brindan las condiciones de reconocimiento para una más equilibrada y sopesada valoración. Como le ocurriera al autor con la lectura de Zygmunt Bauman, con su prólogo a la *Sociedad Sitiada*, quien en unas pocas páginas supo ubicar las condiciones históricas que produjeran las posibilidades y límites para la Sociología científica, en tanto disciplina cautiva del Estado nación. Sólo el tiempo cauteriza, para la gente que procure alguna

cuota de coherencia y lucidez, los desequilibrios que la pasión obnubila y permite un más equitativo juicio sobre su carácter y legado histórico. Si se pretende tomar distancia de algunas viudas, tal el caso del apreciado Eric Hobsbawm con la Ilustración, o del leninismo, en cualquiera de sus variantes. Se debe estar especialmente atento a qué está ocurriendo. Cuáles son las tendencias ocultas que nos permitan entrever las orientaciones más inteligentes producto de la reflexión de una *Sociología Crítica*. Única respuesta frente a la confusión y el adaptacionismo realistas hoy dominantes para una inmensa mayoría...

Perón fue, no sin cierta lógica, descarnadamente descalificado por sus enemigos. Tiempo después, por muchos propios. No sólo por Feimann. Cabe aquí también la brutal y cruda denuncia de sus responsabilidades por parte de Miguel Bonasso¹⁷. Sin embargo, y lo paradójico es que jamás al inicio de esta ponencia se pensara cerrar en estos términos. Perón ha resultado ser, por simple comparación, un personaje único en la vida política del siglo XX. Muy por encima de la media, más allá de las animosidades y animadversiones que su ejercicio del poder, en todas sus etapas, como balance, pudiera provocar. Por eso, reafirmando lo dicho, Perón es el producto de su *forma-de-vida*. Permanece, como menos que pocos, en el corazón de los más humildes de su pueblo, de manera independiente de los actuales protagonistas y nuevas conducciones del justicialismo. Está allí, a una distancia de Evita. Sólo la *lectura semiopolítica* pareciera percibir tal preciso sentido. Tal como lo haría metodológicamente Marx, progresar hacia el pasado desde el hoy, realizando un *análisis en reconocimiento* de sus acciones, de sus condiciones materiales de producción, de los *imaginarios* y de las ilusiones que supiera suscitar y de los inequívocos *hechos* fácticos que, como resultado, desencadenó. El simple progreso de esos *hechos* nos demanda del equilibrio y de un

¹⁷ Bonasso, Miguel. *El Presidente que no Fue. Los archivos ocultos del peronismo*, Buenos Aires, 1997, Editorial Planeta, Espejo de la Realidad.

adecuado esquema analítico interpretativo para evaluar su *sentido* dentro de determinadas circunstancias históricas. Alejados de *subjetivismos*, como para releer la *significación social* que su particular estilo y gestión produjo.

La *teoría del aniquilamiento*, propia del peronismo de confrontación, es una pieza más de las características *¿anómalas?* de la modernización sólida en las periferias. Como también el clientelismo, la vieja politiquería, y también toda la suma de variantes post '60: clasistas, insurreccionales y beligerantes. Han resultado ser el producto de construcciones que respondían a precisas condiciones históricas. A relaciones de fuerza, no por lineales, tan obvias que el ofuscamiento de la pasión impidiera su correcta *lectura*. ¿Tiene importancia alguna, a la línea argumentativa que se ha procurado desplegar, que fuera un “hombre de derechas”? ¿Lo fue, frente a sus izquierdas coetáneas? ¿Lo es, respecto de los postreros progresismos...? Para pensar... ¿no? Son las contradicciones vívidas, propias de una época signada por un discurso binario, maniqueo, de las *relaciones parafrénicas* (freudianamente paranoides y esquizofrénicas, tal cual prolongación del *Anti-Edipo* de Deleuze & Guattari). Dominantes, a nivel de modelo de confrontación político corporativo, propias y típicas del *régimen pretoriano*, astutamente descrito por el neoliberalismo huntingtoneano, dominante años atrás en la interpretación de la vida facciosa en el hemisferio. El mismo escriba del “choque de civilizaciones”. Acabado el comunismo, bienvenida la sospecha musulmana... El liberalismo democrático, en los términos eurocéntricos de aquel pasado, como nunca, fueron una bandera inviable. Por elitista y voluntarista. Porque no daban cuenta de las condiciones del país real. De allí su carácter ínsita y fácticamente impopular, y sus fracasos constantes e inequívocos. Más allá que, en la teoría, bajo los supuestos compartiblemente abstractos europeizantes de la *edad de la razón* del Iluminismo, se presentase como el *régimen ideal*.

La *teoría del aniquilamiento* operó, a su modo, siempre en la concepción peronista. Lo hizo en cada instancia de las distintas ramas del movimiento. En diferentes secuencias discursivas de conformidad a la materialidad de cada campo de acción: el gremialismo, la interna, la guerrilla, la represión ilegal. La violencia social, y por lo tanto *la teoría del aniquilamiento del enemigo*, respondía a particulares condiciones históricas que hoy, posiblemente, se encuentren sumamente potenciadas en cuanto a polarización social. Pero existen manifiestas debilidades en las *condiciones subjetivas*, tanto en el plano teórico como organizacional. Es como un viaje de regreso a la Argentina pre-peronista. Donde las normas regulaban por arriba, y la realidad de los hechos socavaba por abajo a los más. De allí el cauto optimismo hacia, en algún punto, una potencial salida concertada, de democracia radical y plural, que permita reformular el continentalismo, las regulaciones en las que se procurará encaminar al capitalismo, la re-equilibración a partir del compromiso político de las relaciones sociales. “Todo lo sólido se desvanece en el aire...” pregonaba El Manifiesto. Como la historia reciente lo demuestra, todo cambia y también con ellas el registro de las condiciones de posibilidad. Además quién conozca al autor pudiera pensar que jamás, en su pasado, desplegaría semejante contextualización, y menos en una tácita defensa de un general...

Pablo Martínez Sameck, sociólogo/UBA-UNLZ
Viel 232 4° C, C. A. de Bs. As., C1424BJB
pmsameck@gmail.com pmsameck@hotmail.com